

—«Por cierto, dixo Sempronio,—no debías tal hablar, que aunque fueses un moro—no debías creer tal.»
 —«No soy moro ni cristiano—ni tal me quiero llamar, mas llámesme Melibeo—que assi me quiero nombrar; que yo en Melibea creo—y á ella quiero adorar.»
 Sempronio desque lo oyera—comenzó de hablar:
 —«Ya conozco tus pasiones—las que te hazen penar: pues yo te curaré dellas—y aun te entiendo de sanar.
 —Digas tú, hermano Sempronio—tú me digas la verdad, ¿cómo has pensado agora—de hazer esta piedad?»
 —«Yo vos lo diré, señor,—sed atento en escuchar: muchos dias son pasados—que aquí en esta cibdad conozco una puta vieja—que en el mundo no hay su par, las artes que ella sabe—¿quién te las podrá contar? Hechicera y alcahueta,—muy astuta en su hablar. ¿Qué te contaría della,—de lo que sabe ordenar, hazer y deshazer virgos—en esta nuestra ciudad, en las pasiones de amor—sabe mil remedios dar?»
 Calisto desque esto oyera—empezara de hablar:
 —«Ponga en mis males remedio,—yo la quiero bien pagar y veme luego por ella—que la quiero yo hablar, y tu trabajo, Sempronio,—mucho bien galardonar.»
 —«Que me plaze, mi señor,—de illa luego á buscar, y entre tanto que allá voy—piensa bien qué le has de dar.»
 Ya se partía Sempronio—para habella de buscar. En llegando á la su puerta—empezara de llamar; Celestina que lo oyera—comenzó de preguntar:
 —«¿Qué buena venida es esta?—Vos queráismela contar.»
 —«Bien sabes, señora madre,—la nuestra grande amistad, y tienes bien conocida—la mi buena voluntad, y de cualquiera ganancia—tu parte querríate dar. Aquí está mi amo Calisto—que muere sin lo matar, de amores de Melibea—loco se quiere tornar, de tí y tambien de mí—tiene gran necesidad: pues toma luego tu manto—ven que te envía á llamar.»
 Celestina que esto oyera—luego se fué á cobijar;

—«No me digas más, mi fijo, no me quieras mas hablar, yo lo sanaré del cuerpo,—de la bolsa bien sangrar, yo le alargaré la cura—porque pueda mas gastar.»
 Estas palabras hablando—á la puerta van llegar. Entrando está (*sic*) Calisto—para con él negociar. Calisto desque la vido—comenzó la de mirar, las rodillas por el suelo—fuera tal su razonar:
 —«¡Oh reverenda persona,—cosa digna de loar, ya te habrá dicho Sempronio—la causa de mi penar: de amores de Melibea—loco me quiero tornar.»
 Allí fabló Celestina,—tal respuesta le fué á dar:
 —«No te mates, caballero,—ni quieras tomar pesar, no pierdas el esperanza—pues yo te he de remediar, yo iré presto á Melibea—para tu mal le contar, yo le ordinaré una tela—la qual yo bien sé tramar: por eso mientras que vó—á remedio te buscar, desta vieja pecadora—te quisieses acordar, que su menester es grande—que no lo podrás pensar.»
 Ya se parte Celestina—de Calisto á mas andar, iba Sempronio con ella—para mas la acompañar, iban los dos razonando—cómo á Calisto pelar. Á casa de Celestina—ambos fueron á llegar, á tomar sus aparejos—para Melibea engañar: el aceyte serpentino—con los que suele tomar las madexas del hilado—que es la causa para entrar. Vase á casa de Pleberio—con Melibea hablar, á la entrada de la puerta—con Lucrecia fué á topar. Celestina luego entrando—la comenzó á saludar:
 —«¿Quién te trae acá, mi madre,—y qué andas á buscar?»
 —«Amor grande y deseado—y por tu vista mirar, vender un poco de hilado—con muy gran necesidad, pues mi señora la vieja—creo lo querrá comprar.»
 Allí fablara Alisa,—bien oireis lo que dirá:
 —«¿Con quién fablas tú, Lucrecia?,—¿de qué es tu razonar?»
 —«Con aquella buena vieja—que moró en la vezindad. Que tiene la cuchillada,—yo te la quiero mostrar.»

Va la vieja Celestina—con Alisa á razonar:
 —«Mi venida fué, señora,—por mi hilado (*te*) mostrar,
 que es el mejor que yo ví—en todo nuestro lugar,
 por mis miserias cumplir (?)—tú me lo quieras comprar.»
 Dixo Alisa á Melibea :—«Hija, voy á visitar
 á mi amiga hermana,—tú lo puedes bien comprar,
 trata bien á la vezina—y hazla luego pagar.»
 Celestina queda sola—con Melibea hablar,
 con lisonjas y mentiras—comienza su razonar :
 —«Oh señora é hija mía—no hay en el mundo tu par,
 nadie con tu hermosura—no se piense de igualar.
 Mi venida á tu posada—yo te la quiero contar,
 si me das licencia agora—sin conmigo te enojar.»
 Respondióle Melibea :—«Si yo te puedo remediar,
 con mucha gana y placer—yo te entiendo escuchar.»
 Celestina muy astuta—comenzóle de hablar :
 —«Un enfermo dexo malo—tú le puedes bien sanar.
 Con una palabra sola—que de tí pueda llevar,
 con la mucha fe que tiene—en tu lindeza sin par.»
 Respondióle Melibea,—bien oireis lo que dirá :
 —«Háblame mas descubierto—tú lo quieres aclarar,
 de una parte me alteras,—de otra me haces pensar.
 Díme quién es el enfermo—por Dios sin más dilatar.
 —«Bien conoces tú, señora,—en esta nuestra cibdad,
 un gentil hombre de sangre—que Calisto es su nombrar.
 —«No digas mas, buena vieja,—ya entiendo tu hablar,
 ese es un loco aborrido—y tú lo quieres sanar,
 vete delante mis ojos,—no te haga aqui matar.»
 Esto que oyó Celestina—comenzó de se espantar,
 conjura sus valedores—que la vengan ayudar,
 otras he visto mas fuertes—y despues las ví amansar :
 con desculpas y halagos—la hizo luego callar.
 Ya consiente los loores,—ya la hace alegre estar,
 luego torna Celestina—á su razón acabar,
 y demándale un cordón—para Calisto sanar,
 las fuerzas de Melibea—todas son á su mandar,

en los lazos del amor—dentro la fuera á enlazar,
 la sábia de Celestina—así la fuera dexar.
 Con su cordón en la mano—á Calisto fué á buscar
 con alegría muy grande—por las albricias ganar.
 En entrando en su posada—con él se fuera topar :
 —«¿Qué traes, señora mía—para sanar mi gran mal?»
 Ella encarece el trabajo—por hacerse bien pagar:
 —«Cómo vuelvo viva y sana—quíeraste maravillar.»
 Calisto estaba penando—hasta vella ya acabar :
 —«Acaba, señora mía,—no quieras más dilatar,
 ó abrevia tu razón,—ó tú me quieras matar.»
 —«No te mataré, señor,—que vida te quiero dar,
 con que puedas muchas veces—de Melibea gozar.
 Mira el cordón que te traygo—por traer la á tu mandar.»
 Calisto desque lo vido—comenzara lo de besar.
 Las palabras que le dize—no hay quien las sepa contar :
 y á la vieja Celestina—ya la comienza abrazar :
 —«Oh mi madre tan bendita,—¿con qué te puedo pagar?
 Cuenta me de qué manera—la comenzaste á hablar;
 que me deleito en oylo—y entiendo de sanar.»
 —«Dixe que mal de quixares—nunca te quiere dexar,
 que ella sabía una oracion—para tu mal aplacar.»
 —«¡Oh maravillosa astucia—oh mujer muy singular,
 vé, Parmeno, trae un sastre,—manto y saya le he de dar
 d'aquel contray que tú sabes—que saqué para frisar,
 y entre tanto que se hace,—madre, no te has de enojar,
 vé en buen hora á tu posada,—entiende en mi remediar.»
 Ya se despide la vieja,—Parmeno con ella va,
 desde allí á su posada—no hacen sino hablar,
 prometiéndole Areusa—de traer la á su mandar.
 Estas palabras diciendo—á su casa van llegar,
 con las razones que sabe—á los dos fizo ayuntar.
 Desque los dexa ayuntados,—á su casa vá tornar,
 el cordón de Melibea—comienza de enhechizar
 de tal suerte y tal manera—que luego la fué á trocar
 que de áspera y cruel—blanda la hizo tornar,

la yerba de balletero—ya la prende y vá tomar:
 las palabras que decía—es maldecir su negar.
 —«Ven acá, hija Lucrecia,—la vieja me ve á llamar,
 que de muy terrible fuego—toda me siento quemar.»
 Y vá Lucrecia muy presto—á Celestina buscar,
 ya la trae de la halda—por su señora curar:
 —«Oh bien vengas, vieja honrada—Dios te quiera guardar,
 á tus manos soy venida,—tú me has de remediar.»
 —«¿Qué es esto, señora mía?—Yo está presta á tu mandar.»
 Melibea muy penada—tal respuesta le fue á dar:
 —«Tú sabrás por mi ventura,—segun te quiero contar,
 que en aquella tal moneda—tú me tienes de pagar
 que te dí para Calisto,—que ya soy á tu mandar,
 dá forma, señora madre—cómo le pueda hablar.»
 —«Que me place, mi señora,—y luego sin dilatar
 esta noche á media noche—yo te la haré mirar,
 y d'allí dareis concierto—para más poder gozar:
 á Dios te queda, señora,—yo voy á lo concertar.»
 Vase la vieja barbuda—para Calisto buscar,
 allá fué á la Madalena—donde suele en misa estar.
 Desde que la vido Calisto—de placer quiere llorar,
 echa le brazos al cuello,—comienza le de rogar
 que dixese su embaxada—si vida le quería dar.»
 Allí fablara la vieja—de priesa y no dé vagar:
 —«Las albricias, mi señor—tú me las puedes bien dar,
 que Melibea es ya tuya—toda presta á tu mandar,
 esta noche á media noche—tú la podrás bien hablar.»
 Lo que dixera Calisto—ya lo podréis bien pensar:
 —«¡Oh maravilla tan grande—qué tal cosa he de gozar!
 No puede pasar aquesto,—yo lo debo de soñar.
 Mas el concierto que traes—ya lo querría probar:
 mi paga puede ser poca—para tu obra pagar,
 toma esta chica cadena,—haz tú della á tu mandar.»
 Entre Parmeno y Sempronio—comienzan á murmurar:
 —«Mira, hermano, qué le ha dado:—¿á nosotros qué ha de
 Ya se parte Celestina—para su casa alegrar, [dar?]

vase Calisto á su cama—á dormir y reposar;
 desde que fue la media noche—él se fuera levantar,
 hace venir á los mozos—que le oviesen de armar.
 Iba se por su camino—por Melibea hablar,
 en llegando á la su puerta,—comienza luego á escuchar
 si sentiera á su señora—junto á la puerta estar.
 Comienza desta manera—Calisto de razonar:
 —«¿Es mi señora y mi vida—la que siento pasear?»
 Melibea que esto oyera—quiso se certificar:
 —«¿Cómo es tu nombre, señor?—No me lo quieras negar,
 ¿quién te hizo aquí venir—aquesta puerta mirar?»
 —«La del gran merecimiento,—la que el mundo ha de man-
 la que no me hallo digno—de podella yo alcanzar; [dar,
 no temas, señora mía—tu voluntad declarar
 á este cativo tuyo—al que te viene adorar.»
 Ahí fabló Melibea,—bien oireis lo que dirá:
 —«Yo soy tuya, señor mío,—mucho siento tu penar,
 yo maldigo aquestas puertas—que no nos dexan mirar,
 una hora me es un año—hasta mañana esperar:
 ten paciencia, señor mío—pues está cerca el gozar,
 que mañana aquestas horas—te podrás acá tornar,
 por las paredes del huerto—te podrás, señor, entrar.»
 Ya se despide Calisto—con dolor y sospirar,
 en llegando á su posada—va se á la cama acostar:
 Parmeno tambien Sempronio—á la vieja van buscar,
 porque su parte les diese—de la cadena ó collar.
 La vieja que aquesto oyera—tal respuesta les fue á dar:
 —«Mucho está maravillada—de vosotros tal pensar,
 que lo que yo he trabajado—vosotros quereis gozar,
 quitáos del pensamiento—que nada hayais de llevar.»
 Los mozos que aquesto oyeron—comienzan de renegar,
 hacen fieros de rufianes—queriendo la mal tratar,
 ponen mano á las espadas,—van se para la matar,
 dan le tantas cuchilladas—que la fueron acabar,
 saltan por una ventana—para se poder salvar,
 si la justicia viniese—para habellos de tomar:

como la ventana es alta—las piernas se van quebrar,
de suerte que la justicia—allí los vino á fallar,
ponen los en sendos asnos,—llevan los á degollar.
Sosia que era en la plaza—todo lo vido pasar,
viene corriendo á su casa—las tristes nuevas llevar,
topóse con Tristanico,—comenzó le de contar :
—«Oh desventura tan grande—oh deshonra y gran pesar,
cuenta me lo tú, Sosia—y digasme la verdad.»
—«Á Parmeno y á Sempronio—los llevan á degollar,
vamos muy presto á Calisto—sepa su deshonra y mal.»
Íbase para la cama—á Calisto recordar :
—«No duermas, señor, ya tanto,—oye tu desonra y mal,
que á los tus leales criados—ya los llevan á enterrar.»
—«Oh mis leales sirvientes—tú me lo quieras contar,
¿á quién mataron tan presto?—¿Dó hizieron tanto mal?
Que aquesta noche pasada—comigo fueron á estar.»
Allí fablara Sosia,—bien oyreis lo que dirá :
—«Á la vieja Celestina—ellos la fueron matar.»
—«Pues mata me tú á mí—y te entiendo perdonar,
que más mal hay en su muerte—que tú no puedes pensar.»
Dice lástimas Calisto—que quiere desesperar :
tiénese por deshonrado—pues no los puede vengar,
y tambien que sus amores—no se podrán acabar,
ni por mucho mal y daño—él lo entiende de probar,
el concierto concertado—ordena de lo tomar,
con las revueltas pasadas—un poco se va á tardar,
la señora que lo espera—empezara de hablar :
—«Ya se tarda el caballero—Lucrecia, ¿qué puede estar?»
—«Esta tardanza que veo—me hace penada estar.»
Ella en aquesto estando—Calisto fuera llegar :
—«Escucha, hermana Lucrecia,—que pasos oigo sonar.»
Calisto que fué llegado—hizo la escala posar,
entrara dentro del huerto—con Melibea folgar,
Melibea que lo vido—va se lo luego abrazar,
y van se mano por mano—para su placer tomar.
La doncella Melibea—dueña la hizo quedar,

holgaron toda la noche—hasta la luz asomar,
torna se luego Calisto—á su casa á reposar,
otra noche y otras muchas—él la fuera á visitar.
La fortuna que no dexa—el bien mucho reposar,
causó que estos dos amantes—en mal fuesen acabar.
Como Calisto una noche—que salía de su holgar
descendía por el escala—de priesa y no de vagar,
desvarándole los piés—al suelo fuera parar;
como la pared es alta—fuera se á despedazar
la cabeza hecha quartos,—los sesos fueron saltar.
Á los gritos de los mozos—Melibea oyó su mal,
hace llantos muy secretos—por su mal no publicar,
ordenó cómo matar se—por podello acompañar,
sube á la torre más alta—de la casa á más andar,
hace á su padre que mire—desde abaxo la escuchar,
cuenta le todo lo hecho—y lo que entiende obrar.
Las lástimas que decía—¿quién que las sepa contar?
Acabadas de decir—dexa se desesperar,
da consigo en tierra muerta—por sus males acabar.
Tales fines da el amor—al que sigue su mandar.

A este romance sigue un *Villancico* :

Amor, quien de tus placeres
y deleites se enamora,
á la fin cuytado llora...

Y un *Romance* que fizo un galán alabando á su amiga.
Es el mismo que con el núm. 39 hemos puesto en nuestro
apéndice, siguiendo la lección de Wolf (*Sammlung*, 276)
tomada de un pliego suelto de la biblioteca de Praga;
pero por tener algunas variantes en este otro pliego no
utilizado hasta ahora, parece conveniente reproducirle
aquí :

De la luna tengo quexa
y del sol mayor pesar,

siempre lo ovieron por uso
de no dexarme folgar,
maldita sea la fortuna
que así me fuera á tratar,
nunca me da bien cumplido
ni menos mal sin afan,
por un hora de plazer
cien mil años de pesar :
yo me amaba una señora
que en el mundo no hay su par,
las faiciones que ella tiene
yo vos las quiero contar,
tal tenía la su cara
como rosa del rosál,
las cejas puestas en arco
color de un fino contray,
los ojos tenía garzos
parecen de un gavián,
la nariz afiladica
como hecha de metal,
los labios de la su boca
como un fino coral,
los dientes tenía blancos
menudos como la sal,
parece la su garganta
cuello de garza real,
los pechos tenía tales
que es maravilla mirar,
y contemplando su cuerpo
el día fuera asomar.

VII.—*Espejo de Enamorados* (cuatro figuras en madera),
Guirnalda esmaltada de galanes y eloquētes d' zires de diversos
autores: en el q̄l se hallarán muchas obras: y romāces: y glosas:
y cāciones: y villancicos: todo muy gracioso y muy apazible.
Fol. let. gót. 16 hojas sin foliar, á dos columnas. La portada,

de letra roja. (Biblioteca Nacional de Lisboa, tomo de *varios*,
reservados, núm. 177.)

A la vuelta de la portada dice :

«Aquí comienzan muchas maneras de romances con sus
glosas y canciones y villancicos y motes y lamentaciones y
otras obras muy apazibles para mancebos enamorados. Nue-
vamente recopiladas y corregidas.»

La descripción bibliográfica detallada de este cancio-
nerillo puede verse en las *últimas adiciones* que puse al
Ensayo de Gallardo.

Contiene los siguientes romances :

- 1.º ¡Oh cruel hijo de Archiles...
2.º Bodas se hacen en Francia...

(Núm. 157 de Wolf). Tiene, además de la va-
riante del primer verso, estas otras :

Essa doña Beatriz...
ó si mirais vos á mí...
Que no miro yo la danza...

Sigue una glosa que consta de nueve grupos ó estan-
cias de á dos quintillas de á diez versos, que principian
así:

- 3.º Quando mas el alegría...
Olorosa clavellina...

Sigue otra glosa como la anterior, en 16 quintillas do-
bles, que principian así:

- 4.º Entrando por una huerta.
En los días caniculares...

(Romance trovadoresco con glosa.)

- 5.º Mira Nero de Tarpeya...

(No tiene variante particular.)

6.º **Glosa de Tapia sobre el romance de «Fonte-Frida.»**

(El texto del romance no ofrece variante notable.)

7.º Decidme vos pensamiento...

(Romance trovadoresco.)

8.º **Romance de don Juan Manuel:**

Gritando vá el caballero...

(Está en el *Cancionero general* de Castillo.)

9.º **Romance de Juan de Leyva á la muerte de don Jorje Manrique de Lara:**

Á veynte y siete de Marzo...

(Está en el *Cancionero* de Castillo.)

10.º **Otro romance de Soria:**

Triste está el rey Menelao...

(Está en el *Cancionero* de Castillo.)

11.º **Glosa de Soria sobre el romance «Durandarte, Durandarte.»**

(Texto idéntico al del *Cancionero* de Castillo.)

12.º **Romance mudado por Diego de Zamora por otro que dize: «Ya desmayan los franceses.» Principia:**

Ya desmayan mis servicios...

(Está en el *Cancionero general*.)

13.º **Romance de Garcí Sanchez de Badajoz:**

Caminando por mis males...

(Está en el *Cancionero general*.)

14.º **Glosa famosísima al romance de «Triste estaba el padre Santo.» Principia:**

Por la clemencia ninguna...

En una rarísima edición de la *Cuestión de Amor y Cárcel de Amor* (Paris, en casa de Hernaldo Caldera y de Claudio Caldera su hijo, 1548, 12.º), que ha sido recientemente adquirida por el Marqués de Jeréz, se hallan al fin tres romances viejos, que por ser de edición anterior á todas las conocidas, y por ofrecer algunas variantes útiles, sobre todo el primero, creo necesario reproducir aquí.

Aqvi co- | miençan tres ro- | mances nueuamente cõpues- |
tos, con vn villancico al ca- | bo: como se tor- | no a ganar |
España.

Vn dia de Santanton,
esse dia señalado,
se salian de sant juan
quatro cientos hijos dalgo,
las señas que ellos lleuauan
es pendon rabo de gallo,
por capitan se lo lleuan
al obispo don gonçalo,
armado de todas armas
encima de vn buen cauallo,

yva se para la guarda,
 esse castillo nombrado,
 sale lo a recibir
 don rodrigo esse hidalgo ;
 —por dios os ruego el obispo
 que no passedes el vado,
 porque los moros son muchos
 que a la guarda avian llegado,
 muerto me han tres caualleros
 de que mucho me ha pesado,
 el vno era mi primo,
 y el otro era mi hermano,
 y el otro era vn paje mio
 que en mi casa se ha criado,
 demos la buelta, señores,
 demos la buelta a enterrallos,
 haremos a dios seruicio
 y honrraremos los christianos.—
 ellos estando en aquesto
 llegó don diego de haro :
 —adelante caualleros,
 que me lleuan el ganado,
 si de algun uillano fuera
 ya lo ouierades quitado,
 empero alguno esta aquí
 a quien plaze de mi daño.
 no cabe dezir quien es
 que es el del roquete blanco.
 El obispo que lo oyera
 dio de espuelas al cauallo,
 el cauallo era ligero
 y saltado auia vn vallado,
 mas al salir de vna cuesta
 a la assomada de vn llano
 vido mucha adarga blancha,
 mucho alborno colorado,

y muchos yerros de lanças
 que relucen en el campo,
 metido se auia por ellos
 como leon denodado,
 de tres batallas de moros
 las dos ha desbaratado,
 mediante la buena ayuda
 que en los suyos ha hallado,
 aunque algunos dellos mueren
 eterna fama han ganado.
 Todos passan adelante,
 ninguno atras se ha quedado,
 siguiendo á su capitán
 el couarde es esforçado,
 honrra ganan los christianos,
 los moros pierden el campo,
 diez moros pierden la vida
 por la muerte de vn christiano,
 si alguno dellos escapa
 es por vña de cauallo,
 por su mucha valentía
 toda la prez ha cobrado;
 assi con esta vitoria
 como señores del campo
 se bueluen para jaen
 con la honrra (que) han ganado

Otro romance.

Calualga diego laynez
 al buen rey besar la mano,
 consigo se los lleuaua
 los trezientos hijos dalgo,
 entrellos yua rodrigo
 el sobernio castellano,

todos caualgan a mula,
 solo rodrigo a cauallo,
 todos visten oro y seda,
 rodrigo va bien armado ,
 todos guantes olorosos,
 rodrigo guante mallado,
 todos sombreros muy ricos,
 rodrigo casco afilado,
 y encima del casco lleua
 vn bonete colorado.
 Andando por su camino
 vnos con otros hablando
 allegados son a burgos,
 con el rey se han encontrado,
 los que vienen con el rey
 entre si van razonando :
 —aqui viene entre esta gente
 quien mató al conde loçano. —
 Como lo oyera rodrigo
 en hito los ha mirado,
 con alta y soberuia voz
 desta manera ha hablado :
 —si ay alguno que lo pida
 salga luego a demandallo. —
 todos responden a vna :
 —demande lo su pecado.
 todos se apearon juntos
 para al rey besar la mano,
 rodrigo se quedó solo
 encima de su cauallo,
 entonces hablo su padre,
 bien oireis lo que ha hablado :
 —apeaos vos mi hijo,
 besareis al rey la mano
 porque es vuestro señor,
 vos hijo sois su vasallo. —

Desque rodrigo esto oyó
 sintió se mas agrauiado,
 las palabras que responde
 son de hombre muy enojado :
 —si otro me lo dixera
 ya me lo ouiera pagado,
 mas por mandar lo vos padre
 yo lo haré de buen grado. —
 ya se apeana rodrigo
 para al rey besar la mano.
 al hincar de la rodilla
 el estoque se ha arrancado.
 espantose desto el rey
 y dixo como turbado :
 quita te rodrigo allá,
 quita te me allá diablo,
 que tienes el gesto de hombre
 y hechos de leon brauo.
 como rodrigo esto oyó,
 apriessa pide el cauallo,
 con vna boz alterada
 contra el rey assí ha hablado :
 —por besar mano de rey
 no me tengo por honrrado,
 porque la besó mi padre
 me tengo por afrentado. —
 en diziendo estas palabras
 salido se ha del palacio,
 consigo se los tornaua
 los trezientos hijos dalgo,
 si bien vinieron vestidos
 boluieron mejor armados,
 y si vinieron en mulas
 todos bueluen en cauалlos.

**Romance de los cinco marauedis que el rey
don alonso octauo pedia a los hijosdalgo.**

En essa ciudad de burgos
en cortes se auian juntado
el rey que venció las nauas
con todos los hijos dalgo,
habló con don diego el rey,
con el se auia aconsejado,
que era señor de bizcaya,
de todos el mas priuado :
—aconsejedes me don diego,
que estoy muy necessitado,
que con las guerras que (he) hecho
gran dinero me ha faltado,
querria llegar me a cuenca,
no tengo lo necessario,
si os pareciesse, don diego,
por mi fuesse demandado
que cinco marauedis
me peche cada hidalgo :—
graue cosa me parece,
le respondiera el de haro,
que querades vos señor
al libre her tributario,
mas por lo mucho que os quiero
de mi sereys ayudado,
porque yo soy principal,
de mi os será pagado.—
siendo juntos en las cortes
el rey se lo auia hablado.
leu untado está don diego
como ya estaua acordado,
—justo es lo quel rey pide
por nadie le sea negado,

mis cinco marauedis
he los aquí de buen grado,—
don nuño conde de lara
mucho mal se auia enojado,
pospuesto todo temor,
desta manera ha hablado :
—aquellos donde venimos
nunca tal pecho han pagado,
nos menos lo pagaremos,
ni al rey tal sera dado,
el que quisiere pagar le
quede aquí como villano :
vaya se luego tras mi
el que fuere hijo dalgo.—
todos se salen tras el,
de tres mil tres han quedado,
en el campo de la glera
todos allí se han juntado,
el pecho quel rey demanda
en las lanças lo han atado,
y embian le a dezir
quel tributo está llegado,
que embie sus cogedores
que luego sera pagado,
mas que si él va en persona
no sera dél acatado,
pero que embiasse aquellos
de quien fue aconsejado.
quando aquesto oyera el rey
y que solo se ha quedado,
boluio se para don diego,
consejo le ha demandado.
don diego como sagaz
este consejo le ha dado :
—desterredes me, señor,
como que yo lo he causado,

y así cobrareys la gracia
de los vuestros hijos dalgo.—
otorgó el rey consejo,
a decir les ha embiado,
que quien le dio tal consejo
será muy bien castigado,
que hidalgos de castilla
no son para auer pechado.
muy alegres fueron todos,
todo se ouo apaziguado,
desterraron a don diego
por lo que no auia pecado,
mas dende a pocos dias
a castilla fue tornado,
el bien de la libertad
por ningun precio es comprado.

ADVERTENCIA FINAL

No habiendo cabido en este segundo volumen de la *Primavera* los romances procedentes de la tradición oral, hemos resuelto formar con ellos un tercer tomo que será nuevo y curioso apéndice á la colección de Wolf. Habrá además un cuarto tomo en que el Sr. Menéndez y Pelayo hará un minucioso estudio crítico de los romances castellanos. Estos dos volúmenes se publicarán inmediatamente.